

Zapatos para Mireya

Tommy * Loretto



Image not found.

Capítulo 1

"Zapatos, zapatos bonitos", dijo el comerciante, la túnica de seda adornada con dibujos de dragones rojos y dorados. Su turbante negro plisado le daba un aspecto anticuado.

Parecía sacado de un libro de cuentos. Riki paseaba por los puestos de los pequeños mercados callejeros.

Cerámica, cristalería, marroquinería abundaba en medio de un enjambre de turistas con conversaciones ruidosas y alegres. Se multiplicaban bufandas, túnicas, zapatos en filas de colores en varios tonos.

Fue un espectáculo de fuegos artificiales para los ojos y para su corazón acelerado. Riki estaba buscando algo que superara su resistencia a contener su impulso de comprar muchas baratijas sin ningún interés particular excepto la satisfacción de llevar algo de este colorido Lejano Oriente en las maletas.

Las vio. Era un par de pantuflas, unas chinas exquisitamente bordadas colocadas detrás, bien detrás de las hileras de pantuflas que entraban idénticamente.

Riki se detuvo en la pantalla. Estaba mirando el par, adornadas con bordados de color amarillo anaranjado con un motivo de dragones sobre un fondo de jardín de flores. La imagen era una belleza que contrastaba con el trabajo ordinario de otras.

- Buenos días señor.

- Hola señor,

respondió el comerciante, cruzando las manos en las mangas de su túnica. Su rostro no mostró ningún tipo de emoción.

- ¿Puedo ver el par de bailarinas que tienes detrás de la última fila?

- Están pasadas de moda y el precio es superior al de otras.

- Creo que están fuera de lo común. Me gustaría verlos más de cerca.

- Son caras. En su lugar, tome las pantuflas al precio normal.

- ¡Así que estas son un poco especiales y, por lo tanto, nada triviales! Estoy interesado. Cual es su precio?

- Cincuenta dólares o un millón doscientos cincuenta y siete mil seiscientos yenes.

Riki había sido debidamente presidido por los distintos asesores de circuitos turísticos. Tuvo que regatear.

- Son soberbios, dijo Remi, quien sacó de su refugio las pantuflas que el comerciante había sacado. ¡Qué belleza en el trabajo! ¡Y estos detalles! Te ofrecería veinte dólares o más de quinientos mil yenes.

- Son viejos. Fijar un precio ahora es casi una incongruencia.

- Puedo ver que son viejos. Parece que se han usado.

- Podrían haber sido usados, pero no tuvieron tiempo de usarlos cuando llegaron a su destino. Fueron devueltos a mí, de ahí la huella de su viaje.

- ¡Ya están cargados de historia!

- Sí, puedo ofrecerte veinticinco dólares, pero no puedo hacer más.

- Por qué señor?

Riki dijo, mirando intensamente al hombre con el rostro curtido de repente teñido con una expresión indefinible.

- Los hice yo mismo.

- Estoy impresionado. Está lleno de delicadeza. Mi esposa se sentirá verdaderamente honrada por este regalo tanto como yo busco algo

especial.

- ¿Ella no te siguió?

- No, sufre de una misteriosa enfermedad.

Riki no se dio cuenta de que se estaba entregando a las confidencias.

- ¿Qué daño?

- Nada parece curarla de sus migrañas y dolores en las articulaciones. Todos sus músculos la paralizan. Quería traerle algo que ilumine sus pensamientos y la haga viajar.

Hubo un largo silencio. Riki se giró y giró la zapatilla bordada entre sus manos sudorosas.

- Veintitrés dólares, ¿te parece bien?

- Estas zapatillas tienen un poder especial. Por eso es imposible ponerles precio. Tienen el poder de hacer bailar a la persona que los usa. Siempre he escondido esta moneda rara, una especie de tesoro.

- ¿Y lo sacas ahora, este tesoro?

- Sí, por primera vez y eres la primera persona en prestarle atención, en sacarlo de un montón de zapatillas angustiosamente banales. ¿Quién podría estar interesado en este par de zapatos bordados en un arte muy antiguo?

- ¿Por qué mostrar entonces?

- Hacer feliz a alguien más. Para quien pasé horas haciendo estos zapatos no tuvo tiempo de usarlos o contemplarlos.

Hubo un terrible silencio. Rikise preguntó qué estaría haciendo con zapatillas de hadas en sus manos.

De repente pensó en aquel para quien estaban destinados. Se encontró preguntando:

- ¿Lo que le pasó a ella?

- Ella se fue y nunca la volví a ver y nunca pude averiguar adónde había ido o qué le había pasado. Dejé de buscar cuando me di cuenta de que se había ido a un lugar donde no se necesitan zapatos bordados. Las zapatillas gracias a ti encontrarás a otra persona a quien amar. Y es mejor así.

Riki estaba tan sorprendido que dejó veinticinco dólares. La moneda que acababa de encontrar no tenía precio.

No quería regatear más. El proceso de negociación se vio truncado por la confusión de sentimientos.

Cuando le ofreció el par de zapatos a Mireya, no pudo evitar dejar que sus lágrimas se hundieran en las grietas de sus mejillas.

Mireya los tenía puestos y caminaba como si sus problemas nunca hubieran existido.